

CAPÍTULO XI

**Donde Miguel el Loco es nombrado capitán,
esperando que le nombren coronel**

Entre cuatro y cinco de la tarde del mismo día, empezó á circular por los antiguos barrios de Nápoles y á extenderse poco á poco por toda la ciudad uno de esos rumores sordos y amenazadores, como los que preceden á las tormentas y los terremotos. De la imprenta de Florio Giordani, situada en el Largo Mercatello, salían sucesivamente muchos hombres con el brazo izquierdo cargado de papeles y el derecho armado de una brocha y de un cubo de cola, é internábanse en la ciudad, en todas direcciones, dejando cada uno tras sí una porción de pasquines, pegados á las esquinas, delante de los cuales se agrupaban los curiosos.

Aquellos carteles no contenían otra cosa sino la proclama del rey Fernando ó por mejor decir, del capitán Pronio, que cumplía á las mil maravillas las órdenes del cardenal.

Atónitos y sorprendidos, los napolitanos recibían de un golpe la noticia de la vuelta del rey, que creían en Roma, y la de la invasión de los franceses, que suponían derrotados.

En medio de aquella relación, un poco confusa, de los acontecimientos, el rey aparecía como la esperanza suprema, como el ángel salvador de la nación.

Había atravesado las filas de los franceses, y expuesto su libertad y su vida para morir al lado de sus fieles napolitanos.

El rey Juan no hizo más en Poitiers, ni Felipe de Valois en Crecy.

No era posible hacer traición á tal civismo, ni dejar sin recompensa semejante sacrificio.

Ante cada proclama, un numeroso grupo discutía, comentaba y disecaba el documento. Los que sabían leer, que no eran muchos, gozaban de su superioridad, haciendo uso de la palabra, y como que aparentaban comprenderlo todo, ejercían gran influencia en los que no sabían leer y que los escuchaban con la mirada fija, el oído atento y la boca abierta.

En el Mercado Viejo, donde la instrucción estaba todavía menos generalizada que en los demás barrios de Nápoles, habíase formado un inmenso grupo en la puerta del *beccaio*, y en el centro, bastante cerca

del manifiesto para poder leerlo, se veía á nuestro amigo Miguel el Loco, que gozando de las prerrogativas que le daban su instrucción distinguida, transmitía á la multitud admirada las noticias en la proclama contenidas.

— Lo que más claro veo en medio de todo esto, decía el *beccaio* en su brutal buen sentido y fijando en Miguel su mirada ardiente, lo que más claro veo en todo esto es que esos perros republicanos, ¡que el infierno confunda! han dado una paliza al general Mack.

— Yo no veo nada de eso en la proclama, respondió Miguel; sin embargo, creo que es probable; para nosotros, gente instruída, eso se sobreentiende.

— Que se sobreentienda ó no, dijo el *beccaio*, no por eso es menos cierto que los franceses marchan sobre Nápoles, donde estarán quizás antes de quince días.

— Sí, respondió, puesto que la misma proclama dice que han invadido los Abruzzos, y este es el camino de Nápoles; pero en nosotros consiste que no entren en Nápoles.

— ¿Y cómo impedirselo? preguntó el *beccaio*.

— Nada más fácil, dijo Miguel. Tú, por ejemplo, tomas tu gran cuchillo, Pagliucchella su gran

escopeta, y yo un gran sable, y marchamos contra ellos.

— Marchemos contra ellos, marchemos contra ellos, murmuró el *beccaio*, que hallaba la proposición de Miguel algo aventurada; ¡eso es muy fácil de decir!

— Y aun más fácil de hacer, amigo mío; no se necesita más que una cosa, es verdad que esa cosa no se halla bajo la piel de los carneros que tú degüellas; se necesita valor. Yo sé de buena tinta que los franceses no son más de diez mil; nosotros somos en Nápoles sesenta mil *lazzaroni*, buenos, robustos, que tenemos buenos brazos, buenas piernas y buenos ojos. Ahora bien, armémonos cada cual con lo que encuentre, aunque no sea más que con una piedra y una honda, como el pastor David, y matemos cada uno la sexta parte de un francés, y no quedará ni uno, supuesto que somos sesenta mil y ellos no son más que diez mil; eso no será difícil para ti, que según dices, has luchado solo contra seis.

— Es verdad, dijo el otro, que todo lo que caiga por mi banda...

— Sí, replicó Miguel; pero á mi parecer, no hay que esperar á que te caigan por tu banda; debemos salirles al encuentro, debemos combatirlos en cualquier parte donde se hallen.

De hombre á hombre, no va nada, ¡qué diablos! Y puesto que yo no te temo á ti, puesto que no temo á Pagliucchella, puesto que no temo á los tres hijos de Basso Tomeo, que andan diciendo siempre que me van á matar y nunca me matan, con mucha más razón, seis hombres que tienen miedo de uno son unos cobardes.

— ¡Miguel tiene razón! ¡Miguel tiene razón! gritaron muchas voces.

— Pues bien, dijo Miguel, si tengo razón, probádmelo. Yo no deseo más que ir á matar ó morir; los que quieran morir conmigo que lo digan.

— ¡Yo! ¡yo! ¡yo! ¡Nosotros! ¡nosotros! gritaron cincuenta voces. ¿Quieres ser nuestro jefe, Miguel?

— ¡Pardiez! dijo Miguel, yo no deseo otra cosa.

— ¡Viva Miguel! ¡viva Miguel! ¡viva nuestro capitán! gritaron un gran número de voces.

— ¡Bueno! ya soy capitán, dijo Miguel; parece que la predicción de Nanno empieza á realizarse. ¿Quieres ser mi teniente, Pagliucchella?

— ¡Ah! vaya, que si lo quiero, dijo éste; tú eres un buen muchacho, aunque estás algo orgulloso de lo que sabes; pero, en fin, ya que es necesario que haya un jefe, vale más que ese jefe sepa leer, escribir y contar.

— Pues bien, continuó Miguel, que los que me

admitan por jefe vayan á aguardarme á la estrada Carbonara con las armas que puedan reunir; yo voy á buscar mi sable.

Dispersóse entonces la muchedumbre; cada cual tiró por su lado, y un centenar de hombres, dispuestos á reconocer á Miguel el Loco por su jefe, salieron del grupo y fueron en busca del arma exigida, sin la cual no se era admitido en las filas del capitán Miguel.

Algo pasaba en el otro extremo de la ciudad, la calle de Toledo y el Volmera, en lo alto de la eminencia de la Infrascata, al pie de la salida de los Capuchinos.

Fray Pacífico, al volver de la colecta con su amigo Jacobino, había visto hombres que corrían cargados de carteles y que los pegaban en las paredes, dondequiera que hallaban un paraje conveniente y al alcance de la vista; el hermano cuestor habíase acercado al cartel con otros curiosos, lo había descifrado, no sin trabajo, pues no era un sabio de la talla de Miguel; pero en fin lo había descifrado, y al saber las inesperadas noticias que contenía, su ardor guerrero se había despertado más militante que nunca al ver á los jacobinos, objetos de su odio, próximos á atrevesar las fronteras del reino.

Entonces, dando un furioso golpe en el suelo con su garrote de laurel, pidió la palabra, se subió sobre un guardacantón, y teniendo á Jacobino por el ronzal, en medio de un religioso silencio, explicó al inmenso círculo que su popularidad había reunido en torno suyo, lo que eran los franceses. Al decir de fray Pacífico, los franceses eran todos impíos, sacrílegos, ladrones, robadores de mujeres, degolladores de niños, que no creían que la Madona de Pic-di-Grotta moviese los ojos y que los cabellos del Cristo del Carmelo crecían de tal manera que era necesario cortárselos todos los años. Afirmaba fray Pacífico que todos ellos eran hijos del diablo, y declaraba como prueba que todos los que él había visto llevaban, en un punto cualquiera de su cuerpo, la huella de una uña, indicio cierto de que todos estaban destinados á caer en las de Satanás. Era pues urgentísimo el impedirles, por todos los medios posibles, penetrar en Nápoles, ó de lo contrario, Nápoles, quemado de uno á otro cabo, desaparecería de la superficie de la tierra, como si las cenizas de Pompeya hubiesen pasado sobre él.

El discurso de fray Pacífico produjo gran sensación en el auditorio. Gritos de entusiasmo salieron de la multitud, y dos ó tres veces preguntaron si,

en el caso en que el pueblo napolitano se sublevase contra los franceses, fray Pacífico iría en persona al encuentro del enemigo. Fray Pacífico contestó, que no sólo él sino hasta su asno Jacobino estaba al servicio de la causa del rey y del altar, y que, sobre aquella humilde cabalgadura, escogida por Cristo para hacer su triunfal entrada en Jerusalén, él se encargaba de guiar á la victoria á los que quisieran pelear á su lado.

Los gritos de « ¡Estamos dispuestos! ¡estamos dispuestos! » repitiéronse con frenesí. Fray Pacífico pidió solamente cinco minutos para depositar la carga de Jacobino en la cocina del convento, y efectivamente, al cabo de cinco minutos reapareció montado en el asno, y á galope tendido fué á colocarse en medio del círculo que había elegido.

Eran las seis de la tarde, y Nápoles había llegado, sin que Fernando tuviese de ello la menor sospecha, al grado de exasperación que hemos visto, cuando éste, con la cabeza baja y preguntándose qué recibimiento le aguardaba en su capital, entró por la puerta Capuana, teniendo buen cuidado, para no añadir á su desgracia la parte de impopularidad que posaba sobre la reina y su favorita, de separarse de ellas en el momento de entrar en la ciudad, y de trazarles por itinerario la puerta del

Camino, la Marinella, la vía del Pjliero y el largo del Castello, mientras que él seguía la estrada Foria, el largo de la Pigne y la calle de Toledo.

Las dos carrozas se habían separado pues en la puerta Capuana, dirigiéndose la reina, con lady Hamilton, sir William y Nelsón, al palacio real, por el camino que hemos dicho, y entrando el rey directamente, con el duque de Ascoli, por aquella famosa puerta Capuana, célebre por tantos títulos.

Recordará el lector que era justamente enfrente de la puerta Capuana, en la plaza que se extiende al pie de las gradas de la iglesia de San Juan en Carbonara, donde Miguel, por una casualidad, había citado á su tropa, y como esta tropa, reclutada en el camino, había casi duplicado en el espacio recorrido, la plaza se hallaba invadida por más de doscientos cincuenta hombres cuando el rey entró en ella.

El rey sabía perfectamente que en medio de sus queridos *lazzaroni* no tenía nada que temer; así fué que no le causó apenas sorpresa el ver, en medio de tan gran número de gente reunida y al pálido resplandor de los escasos faroles que alumbraban la plaza, relucir sables y fusiles; inclinóse fuera del coche y tocando el hombro al que le pare-

ció jefe de la tropa, preguntóle en dialecto napolitano:

— ¿Amigo mío, podríais decirme qué es lo que sucede?

— El hombre se volvió y hallóse cara á cara con el rey.

El hombre era Miguel.

— ¡ Oh! exclamó éste, sofocado por la alegría de ver al rey, por la sorpresa que le causaba su presencia y por el orgullo de hablarle; ¡ oh! ¡ S. M. ! ¡ S. M. el rey Fernando! ¡ Viva el rey! ¡ viva nuestro padre! ¡ viva el salvador de Nápoles!

Si el rey Fernando aguardaba oír algún grito á su vuelta á la capital, ciertamente que no era éste.

— ¿ Lo entiendes tú? preguntó el rey á Ascoli; ¿ qué diablos dicen?

— Gritan: « ¡ Viva el rey! » respondió el duque con su gravedad habitual; os llaman su padre, os apellidan el salvador de Nápoles.

— ¿ Estás seguro de lo que dices?

Los gritos redoblaron.

— Vamos, dijo el rey, puesto que se empeñan... Y, saliendo á medias por la portezuela, exclamó:

— Sí, hijos míos, soy yo; sí, es vuestro rey, vuestro padre, y, como decís muy bien, vengo á salvar á Nápoles ó á morir con vosotros.

Esta promesa redobló el entusiasmo, que llegó hasta el frenesí.

— Pagliucchella, gritó Miguel, corre delante con una docena de hombres: ¡ antorchas! ¡ cirios! ¡ iluminaciones!

— ¡ No es necesario, hijos míos! exclamó el rey, á quien la demasiada claridad importunaba; no es necesario; ¿ para qué tantas luces?

— Para que el pueblo vea que Dios y San Genaro le devuelven su rey sano y salvo y que han protegido á Vuestra Majestad en medio de los peligros que ha corrido al atravesar las filas de los franceses para volver á su fiel ciudad de Nápoles, contestó Miguel.

— ¡ Antorchas! ¡ cirios! ¡ iluminaciones! gritaron Pagliucchella y sus hombres corriendo como locos por la estrada Carbonara. Es el rey que viene con nosotros. ¡ Viva el rey! ¡ viva nuestro padre! ¡ viva el salvador de Nápoles!

— Vamos, vamos, dijo el rey á Ascoli, mi parecer es que no debemos contradecirles. Dejémosles obrar: pero indudablemente el abad Pronio es un grande hombre.

Los gritos de Pagliucchella y de sus *lazzaroni* produjeron un efecto mágico; la gente salía en tropel de las casas con cirios ó antorchas; todas las

ventanas fueron iluminadas: cuando el cortejo llegó á la calle de Foria, viéronla toda centelleante, como Pisa el día de la *Luminara*.

Resultó de aquí, que la entrada del rey, que estuvo á pique de hacerse en el silencio y la vergüenza de una derrota, tomaba, por el contrario, todo el esplendor de una victoria, todo el estruendo de un triunfo.

Á la subida del museo Borbónico, el pueblo no pudo consentir por más tiempo que su rey fuese arrastrado por los caballos: desunciólos, y unciéndose él mismo tiró del carruaje.

Cuando la carroza del rey llegó á la calle de Toledo, vióse una segunda tropa unirse á la de Miguel el Loco, tropa no menos entusiasta y no menos ruidosa, que capitaneaba fray Pacífico, montado sobre su asno y llevando un garrote al hombro como Hércules su maza: esta tropa se componía de dos á trescientas personas lo menos.

La calle de Toledo estaba materialmente hecha un ascua con la iluminación, mientras que todo aquel gentío armado de antorchas encendidas, parecía un mar fosforescente. El carruaje podía apenas adelantar un paso por enmedio de aquella apiñada muchedumbre. Jamás héroe victorioso, ni Paulo Emilio, vencedor de Perseo, ni Pompeyo,

vencedor de Mitrídates, ni César, vencedor de los Galos tuvieron un cortejo igual al que acompañaba al rey que volvía fugitivo á su palacio.

La reina había llegado la última por calles desiertas y había hallado el palacio mudo y casi solitario; oyó luego grandes y lejanos rumores, algo parecidos al rujido de la tempestad que se forma en el horizonte; asomóse inquieta y vacilante al balcón, y oyó más distintamente aquel ruido, percibió aquellos clamores, vió aquellos torrentes de luz que bajaban de la calle de Toledo y llegaban hasta el palacio real, y tomólos por la lava de una revolución. Entonces tuvo miedo; recordó el 5 y el 6 de Octubre, el 21 de Junio y el 10 de Agosto de su hermana María Antonieta y pensó en huir; Nelsón le ofrecía ya un refugio á bordo de su navío, cuando fueron á decirle que era el rey á quien el pueblo traía en triunfo. Parecíale esto no sólo improbable, sino imposible: consultó á Emma, Nelsón, sir Hamiltón y Actón, y ninguno, incluso Actón, aquel gran despreciador de la humanidad, podía explicarse semejante aberración y falta de sentido moral en un pueblo entero. Ignoraban la proclama de Pronio, que el rey, ó por mejor decir, el cardenal, había mandado imprimir y repartir, sin decir nada á nadie. La falta de espíritu filosófico impedía á aquellos

ilustres personajes darse cuenta de la pequeñez de los accidentes que bastan para sostener ó derribar un trono que se bambolea.

Tranquilizada, aunque con dificultad, la reina corrió al balcón y sus amigos la siguieron. Sólo Actón se quedó atrás, desdeñando la popularidad: odiado como extranjero, acusado de ser causa de todas las desgracias que sufría el trono, evitaba mostrarse ante un público que murmuraba al verlo, llegando algunas veces hasta el insulto. Mientras pensó que Carolina lo amaba, arrojó la impopularidad; pero desde que se convenció que sólo era para ella objeto de temor ó un instrumento de ambición, dejó de arrostrar la opinión pública, cuyo juicio, por otra parte, le era indiferente.

La presencia de la reina en el balcón pasó desapercibida, aunque la plaza rebosaba de gente: todas las miradas, todas las aclamaciones eran para el rey que *había pasado por entre las filas francesas para correr á morir al lado de su pueblo.*

Mandó la reina que avisaran al duque de Calabria la llegada de su padre, y colocó además todos los infantes delante de ella en el balcón.

La aparición de los infantes fué saludada con algunos gritos de alegría; pero no distrajo la aten-

ción de la multitud, que veía ya asomar la cabeza del cortejo por Santa Brígida.

En cuanto á Fernando, empezaba á convencerse de la bondad de los consejos del cardenal, y no le parecía demasiado cara al precio de diez mil ducados aquella entrada triunfal, sobre todo cuando pensaba en la que había merecido.

Apeóse el rey, y después que el pueblo había tirado de su coche, se empeñó en llevarle sobre sus hombros, y de esta manera lo subió hasta la puerta de la regia cámara.

Tanta era la gente que se había agolpado, que se vió separado del duque de Ascoli, en quien nadie pensó y que desapareció sin saber cómo.

Apareció el rey en el balcón, dió la mano al príncipe Francisco, y abrazó á los infantes en medio de las frenéticas aclamaciones de cien mil almas, y reuniendo en un solo grupo principitos y principitas, los rodeó con sus brazos y gritó :

— ¡ También ellos morirán con vosotros !

El pueblo respondió en coro :

— Por vos y por ellos nos dejaremos matar hasta el último.

El rey sacó el pañuelo é hizo como que enjugaba una lágrima.

La reina, pálida y temblorosa, salió del balcón y

fué á buscar á Actón, que estaba en el fondo de la sala, en pie, apoyando la mano en una mesa y mirando aquel espectáculo con su flema habitual.

— ¡ Estamos perdidos ! le dijo la reina ; el rey se quedará.

— Estad tranquila, señora ; yo me encargo de hacerle partir.

El pueblo se estacionó en la calle de Toledo y en la bajada del Gigante, hasta mucho después de haberse retirado el rey y cerrádose las ventanas.

El rey no se cuidó de preguntar por Ascoli á quien llevaron á su casa, sin sentido y medio muerto, tales estrujones debió sufrir entre aquella frenética muchedumbre.

Verdad es que S. M. estaba ansioso por ver á su querido Júpiter después de seis semanas de ausencia.

CAPÍTULO XII

Amante y esposa

Las inteligencias vulgares, que sólo miran la superficie de las cosas, pudieran creer, al ver aquella inesperada manifestación, tan repentina como universal, que nada podía derribar un trono, que tenía por base el amor de un pueblo entero; pero las personas verdaderamente inteligentes, que no se dejaban engañar por vanas palabras, ni por demostraciones exteriores, tan frecuentes en los napolitanos, veían más allá de este entusiasmo la terrible verdad: el rey fugitivo, el ejército derrotado, los franceses en marcha sobre Nápoles y sus inevitables consecuencias.

Una de las casas en que la noticia de lo que pasaba produjo la sensación más profunda, porque las dos personas que la habitaban, cada una por su parte, estaba perfectamente informada, y porque cada cual estaba interesada, aunque de diferente modo,

en el resultado de los sucesos, era la casa de la Palmera.

Luisa cumplió á Salvato su palabra; todo el tiempo que la ausencia de su marido la dejaba libre, lo pasaba en la alcoba donde él había recobrado la salud.

Luisa no lloraba, ni se quejaba, ni siquiera sentía la necesidad de hablar de Salvato con nadie. Giovanna, admirada del silencio de su ama respecto al joven, había procurado que lo rompiera, aunque inútilmente. Luisa pensaba que sólo con Dios debía hablar de él.

La pureza de su amor había esparcido en su alma una apacible melancolía; entraba en la alcoba y sonreía á todos los muebles; saludábalos dulcemente con la cabeza y tiernamente con los ojos: iba á sentarse en el sillón acostumbrado á la cabecera de la cama, y allí soñaba despierta.

Pasaba revista en sus sueños á los dos meses transcurridos, día por día, hora por hora y minuto por minuto. Tenía Luisa dos pasados; uno que había olvidado y otro en que pensaba continuamente, y aquellos sueños eran de infinita dulzura. Cuando llegaba á la hora de la partida de Salvato, llevaba su mano á la boca como para retener el único y rápido beso que de él había recibido al

partir, y sentía volver con toda su inefable dulzura. Otras veces necesitaba distraer su soledad con el trabajo ó la lectura. De esta manera vivía en una vida ficticia, mucho más dulce que la realidad.

Cuatro días habían transcurrido apenas desde la partida de Salvato; pero aquellos cuatro días ocupaban un espacio inmenso en la vida de Luisa.

En aquella vida del pensamiento que la alejaba de la vida real, todo, como en un sueño, tomaba formas análogas al sueño mismo en que estaba sumergida. Veía sin impaciencia acercársele la deseada carta en forma de blanca vela, imperceptible punto que aparecía en el lejano horizonte, y agrandábase y se aproximaba dulcemente, sobre la superficie de las azules ondas, con sus alas de nieve, á la orilla en que ella estaba recostada.

Aquella melancolía, producida en su alma por la partida de Salvato, y temperada con la esperanza de su vuelta, era tan suave, que su mismo marido, cuya eterna bondad se aumentaba á su vista, no la había observado. Aquella tierna y profunda amistad, que participaba del agradecimiento y de la ternura filial que él la inspiraba, no se menoscababa en lo más mínimo con el amor que por otro sentía.

San Felice seguía siendo el hombre tranquilo, y feliz de siempre.

Uno y otra sentían una inquietud diferente al saber la vuelta del rey á Caserta.

Al llegar al palacio real, San Felice no halló al príncipe, cuyo ayudante le dijo de su parte que había ido á Caserta para ver al rey, que apresuradamente había vuelto de Roma la noche anterior.

Aunque le pareció grave el suceso, como ignoraba que su mujer tuviese en él un interés diferente del suyo, salió de palacio á la hora acostumbrada, contentándose con referírsele á la vuelta, más como un suceso extraordinario que alarmante; pero Luisa, que sabía que debía darse una batalla, comprendió á la primera palabra, que la vuelta del rey significaba una derrota, manifestándolo así á su marido, que no se admiró poco de la exactitud de su juicio.

Pero al emitir esta opinión, que para ella era certidumbre, Luisa tuvo que dominarse para no revelar su emoción; porque si los franceses habían vencido, no habría sido sin lucha ni sin sacrificar muchas víctimas, entre las cuales podría hallarse Salvato.

Bajo un pretexto cualquiera, Luisa se apresuró á volver á su aposento, y ante el mismo crucifijo que tuvo su padre á la hora de la muerte, y ante el cual San Felice juró cumplir la voluntad del príncipe

Caramanico, casándose con Luisa y haciéndola feliz, ésta oró largo tiempo.

Á las cinco de la tarde oyó San Felice grande estruendo en la calle; asomóse á la ventana y vió muchos hombres que corrían en todas direcciones fijando carteles en las paredes. Salió y leyó la incomprensible proclama, y como todo hombre de genio investigador, procuró descifrar el enigma político que se encerraba en ella. Propuso á Luisa que fuese con él á la ciudad para saber noticias, y negándose ella, se fué solo.

Durante su ausencia, llegó Cirillo, que ignoraba la partida de Salvato, y la joven le contó de qué manera Nanno había hecho comprender á Salvato que los franceses se estaban batiendo y que él debía ir á combatir con ellos. Cirillo, que no sabía más que San Felice, tranquilizó sin embargo á Luisa, y le ofreció que cualquier noticia que tuviera de Salvato se la comunicaría inmediatamente.

Hacia ya tiempo que Cirillo había partido, cuando San Felice volvió; había presenciado el triunfo del rey y se había encogido de hombros al ver el entusiasmo de los napolitanos. El lado dificultoso y obscuro de la proclama no había pasado desapercibido á su espíritu sagaz, y era demasiado experto para no sospechar que había allí algún

engaño. Á las once retiróse á su aposento y Luisa entró en el suyo ó más bien en la alcoba de Salvato, como acostumbraba hacerlo cuando él estaba y aun después que había partido. El temor había encendido su pasión más de lo que estaba habitualmente. Arrodillóse delante del lecho, lloró mucho y acercó sus labios á la almohada donde había descansado la cabeza del herido.

Un ligero ruido la obligó á volverse; era Giovanna que la había seguido. Luisa se volvió, avergonzada de haber sido sorprendida por la joven, quien se disculpó diciendo:

— He oído llorar á la señora, y he pensado que me necesitaría.

Luisa se contentó con mover la cabeza en señal de negativa, abstúvose de hablar temiendo que sus palabras dijese más de lo que ella quisiera.

Al día siguiente, Luisa estaba pálida y abatida; dió por excusa de su indisposición el ruido que habían hecho toda la noche tirando petardos y cohetes.

Acababa de almorzar el caballero, cuando un carruaje se paró á la puerta. Giovanna abrió é introdujo al secretario del príncipe, que venía á buscar á San Felice, con quien su amo deseaba hablar.

En la escalinata, San Felice encontró al cartero, que entraba con una carta en la mano.

—¿ Es para mí? preguntó el caballero.

— No, Excelencia; es para la señora.

—¿ De dónde viene?

— De Pórtici.

—¡ Llevadla en seguida! es sin duda del aya de la señora.

Y San Felice subió al carruaje, que partió al galope.

Luisa había oído el corto diálogo entre el cartero y su marido; adelantóse hacia el portador de la carta, y se la arrebató de las manos.

El sobre de esta carta era de letra desconocida.

Abrióla maquinalmente, y mirando la firma arrojó un grito: la carta era de Salvato.

Púsola sobre su corazón y corrió á encerrarse en la alcoba sagrada.

Hubiérale parecido una impiedad leer la primera carta que recibía de su amigo en otra parte.

—¡ Es de él! murmuró cayendo sobre el sillón colocado á la cabecera de la cama, ¡ es de él!

Estuvo un momento sin poder leer: la sangre que subía del corazón al cerebro, hacia latir sus sienes y la ponía un velo ante los ojos.

Salvato escribía desde el campo de batalla

« ¡ Dad gracias á Dios, amada mía! llegué á tiempo de combatir y no he sido ajeno á la victoria; vuestras santas y virginales oraciones han sido escuchadas; Dios, invocado por el más hermoso de sus ángeles, ha velado por mí y por mi honor.

» No se ha visto jamás victoria más completa, amada Luisa mía; sobre el campo de batalla mismo el general me ha estrechado contra su corazón y me ha hecho jefe de brigada. El ejército de Mack se ha desvanecido como el humo. Yo parto al instante para Civita-Ducale, donde buscaré medio de enviaros esta carta, pues el desorden que va á resultar de nuestra victoria y de la derrota de los napolitanos, nos impedirá valernos del correo. Os amo con un corazón lleno de amor al mismo tiempo que de orgullo. ¡ Os amo, os amo! »

Civita-Ducale, á las dos de la madrugada. »

» Ya estoy diez leguas más cerca de vos. Héctor Caraffa y yo hemos hallado un campesino que, merced á mi caballo, que había dejado aquí y por el cual daréis la enhorabuena á Miguel, ha accedido á partir al momento mismo, y ofrece no pararse hasta que el caballo caiga reventado, y tomar otro en seguida. Va encargado de llevar una carta al amigo

en cuya casa estuvo Héctor escondido en Pórtici. Vuestra carta irá inclusa en la suya y él os la remitirá.

» Os digo esto para que no tratéis de averiguar la manera con que llega á vuestras manos; esta preocupación os apartará un instante de mí. No; quiero que os consagréis toda á la alegría de leerme, como yo me consagro enteramente á la dicha de escribiros.

» Nuestra victoria ha sido tan completa, que no creo tengamos ninguna otra batalla que dar. Marchamos en derechura á Nápoles, y si nada nos detiene, como es probable, podré volveros á ver dentro de ocho ó diez días todo lo más.

» Dejaréis abierta la ventana por donde salí, y volveré á entrar por ella. Os veré en la misma alcoba donde he sido tan dichoso y os devolveré la vida que me habéis dado.

» No desperdiciaré ninguna ocasión de escribiros; pero si no recibís carta mía, no estéis con cuidado, será porque los mensajeros habrán sido infieles, presos ó muertos.

» ¡ Oh, Nápoles! ¡ mi cara patria, mi segundo amor! ¡ Nápoles, vas á ser libre!

» No quiero retardar al correo, no quiero retardar vuestra alegría. Soy dos veces dichoso, con mi

felicidad y con la vuestra. Hasta la vista, mi adorada Luisa. ¡ Os amo, os amo!...

» SALVATO. »

Luisa leyó la carta del joven, diez, veinte veces quizás, y hubiera vuelto á leerla otras tantas si el tiempo no le hubiera faltado.

De repente, Giovanina llamó á la puerta.

— El caballero llega, dijo la doncella.

Luisa dió un grito, besó la carta, la puso sobre su corazón, echó al salir del aposento una mirada á aquella ventana por donde había salido Salvato y por donde debía volver á entrar, y murmuró, como si le viera sonreír :

— Sí, sí.

Aquel amor era tan fecundo, que daba vida á todos los objetos inertes ó insensibles que rodeaban á Luisa y que habían rodeado á Salvato.

Luisa entró en el salón por una puerta mientras que su marido llegaba por la otra.

El caballero estaba visiblemente preocupado.

— ¿ Qué tenéis, amigo mío? preguntó Luisa, yendo á su encuentro y mirándole con sus ojos límpidos y expresivos. ¡ Estáis triste!

— No, hija mía, respondió el caballero, no estoy triste, sino inquieto.

— ¿Habéis visto al príncipe?

— Sí, respondió el caballero.

— ¿Y vuestra inquietud procede de la conversación que habéis tenido con Su Alteza?

El caballero hizo con la cabeza una señal afirmativa.

Luisa trató de leer en su pensamiento.

Sentóse el caballero, asió las dos manos de Luisa, que estaba en pie ante él, y la miró á su vez.

— Hablad, amigo mío, dijo Luisa, que empezaba á concebir un triste presentimiento; os escucho.

— La situación de la familia real, dijo el caballero, es por lo menos tan grave como habíamos presagiado ayer noche; no hay la menor esperanza de impedir la entrada en Nápoles á los franceses, y la corte ha resuelto retirarse á Sicilia.

Sin saber por qué, sintió Luisa oprimírsele el corazón.

El caballero observó sobre el rostro de Luisa el reflejo de lo que sentía.

— Entonces... Escucha bien lo que voy á decirte, hija mía, dijo el caballero con aquel acento de paternal cariño que tomaba algunas veces con Luisa. Entonces, el príncipe me dijo: « Caballero, sois mi único amigo; sois el único hombre con quien tengo un verdadero placer en hablar; la escasa instruc-

ción que tengo vos me la habéis dado; lo poco que valgo os lo debo; un solo hombre puede ayudarme á soportar el destierro, y sois vos. Os pido, os ruego, que si me veo obligado á partir, partáis conmigo. »

Luisa sintió un temblor recorrer todo su cuerpo.

— Y... ¿qué habéis respondido, amigo mío? preguntó con voz temblorosa.

— He tenido compasión de aquel regio infortunio, de aquel príncipe sin amigos en el destierro, de aquel heredero del trono sin servidor, porque iba quizás á perder la corona, y me he ofrecido...

Luisa se estremeció; aquel estremecimiento no pasó desapercibido al caballero, que le tenía cogidas las manos.

— Pero comprende bien una cosa, Luisa, replicó vivamente; mi promesa es puramente personal, y no obliga á nadie más que á mí; alejada de la corte, donde no te has dignado ocupar tu puesto, no tienes compromisos con nadie.

— ¿Lo creéis así, amigo mío?

— Así lo creo; eres libre, hija querida de mi corazón, de quedarte en Nápoles, de no dejar esta casa que amas, ese jardín donde has corrido y jugado cuando niña, ese rincón de tierra, en fin, donde has amontonado diez y siete años de recuer-

dos ; pues hace diez y siete años que estás aquí y que formas las delicias de mi hogar ; me parece que has venido ayer.

El caballero dió un suspiro.

Luisa no respondió, y él continuó :

— La duquesa de Fusco, que está desterrada por la reina, volverá apenas la reina haya partido, y con semejante amiga, que velará por ti, estoy tan tranquilo como si estuvieses al lado de una madre. Dentro de quince días, los franceses estarán en Nápoles ; pero nada tienes que temer de los franceses ; yo los conozco por haber vivido mucho tiempo con ellos, y sé que hacen á mi país beneficios que yo hubiera querido ver otorgados por sus soberanos. Todos mis amigos, y por consiguiente todos los tuyos, son patriotas ; de modo que no debe darte cuidado ninguna revolución ; las persecuciones no pueden alcanzarte.

— ¿ Y creéis, amigo mío, preguntó Luisa, que puedo vivir dichosa sin vos ?

— Un marido como yo, niña querida, dijo San Felice dando un suspiro, no es un marido cuya separación sea muy sensible para una mujer de tu edad.

— Pero admitiendo que pueda vivir sin vos, ¿ vos, amigo mío, podréis vivir sin mí ?

San Felice bajó la cabeza.

— Teméis que eche de menos esta casa, ese jardín, ese rincón de tierra, continuó Luisa ; ¿ pero vos no echaréis de menos mi presencia ? Nuestra vida común después de diez y siete años, ¿ no os privará, desuniéndose de repente, de algo, no sólo habitual, sino indispensable ?

San Felice permaneció mudo.

— Cuando vos nos queréis abandonar al príncipe, que no es más que vuestro amigo, añadió Luisa con voz ahogada, ¿ me dais una prueba de estimación proponiéndome abandonaros, á vos que sois á un tiempo mi padre y mi amigo, á vos que habéis dado inteligencia á mi mente, bondad á mi corazón y la idea de Dios á mi alma ?

San Felice dió un suspiro.

— En fin, cuando prometisteis al príncipe seguirle, ¿ habéis creído que yo no os seguiría ?

— Una lágrima cayó de los ojos del caballero y rodó por la mano de Luisa.

— Si habéis pensado eso, amigo mío, continuó la joven con un suave y triste movimiento de cabeza, habéis hecho mal ; mi padre moribundo nos ha unido, Dios ha bendecido nuestra unión y sólo la muerte nos desunirá. Yo os seguiré, amigo mío.

San Felice levantó vivamente la cabeza, y su

rostro apareció radiante de felicidad, y una lágrima de Luisa cayó á su vez sobre la mano de su marido.

— ¿Conque me amas? ¡ Bendición de Dios! ¿Conque me amas? exclamó el caballero.

— Padre mío, dijo Luisa, habéis sido ingrato, pedid perdón á vuestra hija.

San Felice se puso de rodillas y besó las manos de su hija, mientras que ésta, alzando los ojos al cielo, murmuraba :

— ¿ No es verdad, Dios mío, que si no hiciese lo que hago, sería indigna de los dos ?

CAPÍTULO XIII

Los dos almirantes

El príncipe Francisco, al dar á San Felice como resuelta la fuga de la familia real á Sicilia, había creído hablar en nombre de su padre y de su madre ; pero en realidad había hablado sólo en nombre de la reina ; por parte de ésta la fuga estaba resuelta ; pero el rey, que veía la adhesión de su pueblo, que escuchaba aquellas protestas hechas por cien mil hombres, de morir por él desde el primero hasta el último, el rey, decimos, había dado en la idea de defender su capital y de apelar de la cobardía del ejército á la energía de aquel pueblo que se ofrecía tan espontáneamente á sacrificarse por él.

Levantóse, pues, en la mañana del 41 de Diciembre, es decir, al día siguiente de aquella increíble entrada triunfal que hemos visto, sin haberse decidido aún ; pero inclinado más bien